

Aarón Hernán y la de Héctor Andremar, quien lucha y casi vence su confusa dirección, y bien también Raúl Boxer en sus diferentes personajes. El señor Mario Alberto Rodríguez, ya lo dije, abarata de tal modo su personaje que lo convierte en un bufón. Es muy difícil que este cantante vuelva a encontrarse un papel hecho a su medida como aquel de *Mi bella dama*. De la escenografía de David Antón nada puede decirse, porque no existe y sólo son pequeños trastos muy mal realizados por la pobreza de la producción.

La obra de Marcela del Río merecía mejor suerte a pesar de su obviedad (el brindis de Kennedy con vodka y de Khrushchev con whisky es lamentable), porque está patente el talento de esta joven escritora que busca nuevos caminos que aparten al teatro mexicano de los problemas pequeños de solteronas de provincia o de juventudes descarriadas de la capital, y por ello es lástima que su pulpo no logre alarmar a nadie.

2 de agosto de 1970

SIMPLEMENTE TONECHA

Sra. Amparo Rivelles
Teatro Insurgentes
Méjico (así, con j), D. F.

Querida Ampariño:

Nada, hija, que estamos enfadados contigo y no sabemos cómo dar principio a esta carta. Pero no hay remedio, así que ¡hala!, a escribirla y que sea lo que Dios y la Virgen del Pilar quieran. Vamos a ver, Ampariño, vidiña, pedaciño de nuestro corazón, ¿por qué coño se te ha ocurrido resucitar nuestra vieja comedia a la que pusimos por título *Dueña y señora*? ¡Rediez!, ¡pero si ya se ve más vieja que La Cibeles y que el movimiento carlista! Van a pensar las nuevas generaciones de chavales que escribíamos muy mal y que éramos unos cursis, y no, vaya, que no lo éramos, se los juramos por ésta; lo que sucede

es que el tiempo pasa, y las ciencias adelantan que es una barbaridad, como dijo aquél, y la evolución y todo eso . . . y, claro, lo que apenas ayer era bueno ahora resulta una pesadez, una tabarra, algo más pasado de moda que unas polainas. ¡Había que ver el éxito (pronúnciese éxito) que alcanzamos en 1935 en Madrid y en toda España cuando estrenamos esa comedia dramática en tres actos y el éxito que obtuvo en Méjico (así, con j) en junio de 1936 (¡atiza, que es un mal año para recordar!) cuando las hermanitas Blanch, quienes tenían más salero y más gracia que unas peteneras, la montaron en el Teatro Ideal, al que llamaban “La casa de la risa”, pa’que te enteres. Pero, Ampariño nuestra, en aquel año fatal para nosotros los peninsulares, aun no había la tevé, ni los teveos, ni las “telenovelas”, y todavía a nadie se le ocurría tomar nuestra idea para elaborar *María Isabel* ni *Simplemente María*, y, claro, el que una mucama gallega se enamorase del señorito de la casa y tuviese un hijo, pasaba por algo novedoso y fuertecillo. ¡Pero a estas alturas nuestra pobre comedia, y mira que la queremos como a un hijo de nuestras entrañas, apenas puede verse bien en un museo de Ciencias Naturales, dentro de un frasco de alcohol! No dudamos ni por un momento que va a darte dinero a carretadas, porque lo ha dado a muchas compañías y está probado hasta la saciedad que lo melodramático siempre es efectista, pero . . . ¿necesitas ese dinero, Ampariño? ¿No eres acaso la mejor actriz que hay por ahora, y por muchos años, en ese hermoso país? ¿Necesitas recurrir a viejas y apolilladas comedias para demostrarlo? ¿No hay, por ventura, obras más modernas y de igual o mejor lucimiento para una primera actriz? Perdona tanta pregunta, hija, pero es que nos hacemos cruces tratando de saber por qué te da por desenterrar cadáveres putrefactos, como *Morena clara*, de Quintero y Guillén (quienes nos encargan te saludemos, rica) y esta nuestra, y cuando haces algo nuevo es un melodrama inspirado en nosotros, como *La viuda blanca*. ¡Vaya por Dios! Mejor sería que nos dejaran en paz y que sólo los historiadores de teatro se ocuparan de nosotros, porque lo harían de una manera digna y amable, y no sufriríamos esas . . . , ¿cómo les llamáis vosotros?, “adaptaciones”, ni pasaríamos ante las nuevas generaciones de teatrófilos como unos carca-males inaguantables.

Está más claro que las aguas del Guadalquivir el que tú tienes un público muy numeroso que te sigue ciegamente, porque eres una etiqueta de garantía para ver una buena actuación. Luego entonces, morucha preciosa, ¿por qué no darle a ese público algo mejor y más moderno para despertar el gusto por el teatro? Ya sabemos que vas a decir que es raro que nosotros mismos seamos los que estemos en contra de nuestras obras, pero estamos al corriente de todo cuanto se hace en el mundo de 1970, y sabemos que hay obras muy hermosas escritas ahora mismo, no por españoles desgraciadamente, que también sabemos que nuestro género fue el que le dio la puntilla al miura del teatro español, y que interpretadas por ti (nos referimos a las obras modernas) serían un cañón. Montar nuestras obras es como sacar al abuelo paralítico a tomar el sol a la azotea y que todos los vecinos contemplen el desagradable espectáculo de ver a un hombre que fue fuerte y robusto, convertido en una ruina babeante sorbiendo sus sopitas. ¿No te parece que llevamos razón, Ampariño? Claro que te parece, porque inteligencia te sobra; lo que pasa es que eres más lista que cerracuca y vas a lo seguro, aunque detrás de ti el gusto por el teatro se hunda más aún. ¡Y luego esa “adaptación” que habéis hecho! Es como para darle un tortazo en los morros al que la haya realizado. Habéis puesto la acción en Méjico (así, con j) y en época actual... ¡Maldita sea la estampa del adaptador! ¿Pero es que no sabe que en ese país no hay condes ni marqueses, ni los criados se visten así, ni el diálogo cursilón de la Tonecha tiene nada que ver con el de ese híbrido *hippie* (¡anda salero, que también nosotros conocemos las nuevas palabrejas!) de la “zona rosa”? No, por lo visto no lo sabe y se armó un jaleo al trasponer la acción, y tú misma de pronto olvidas tu acento gallego para hablar como lo hace una española que ha pasado veinte o treinta años en otro país, es decir, pronunciando la c y la z, pero sin acento alguno. ¡Cuánto mejor hubiera sido respetar el lugar de acción y aún más, situarla a principios de siglo, para que la situación ideada por nosotros hubiese tenido más lógica! Ahora ya no se tratan así los problemas, si es que lo son, y entonces el *hippie*, y las minifaldas de las señoritas, se disparan alocadamente de lo que está sucediendo en el escenario.

¿Qué podemos decirte de tu actuación si eres, como ya lo

apuntamos antes, la mejor actriz que hay en el Nuevo Mundo hispano? Estás soberbia, hija, lo que se dice soberbia, a pesar del diálogo (¿cómo pudimos escribir aquello de: “Quitáste mis galas de moza”?) y de la situación. Sólo te criticamos esas ridículas canas en las sienes que no te dan edad y sí falsedad. ¡Pero cuánto te hubiera agradecido el teatro esa misma actuación, ese mismo esfuerzo, ese mismo entusiasmo, en otra obra más importante! De tus compañeros en escena no se salvan más que Miguel Suárez, porque se las sabe todas para estar discreto en la ignominia. Juan Peláez, que aunque verde, enseña sus posibilidades, y Silvia Pasquel, quien puede llegar a ser tan simpática en un escenario como su madre. De los demás preferimos no hablar, que más que actores eran muñecos de cartón, y mira que nos extraña de Alicia Montoya, porque ahora parecía una de esas actrices de hace cuarenta años, que decían los chistes al público como diciendo: “¡Allí va eso! ¡Miren la gracia que Dios me ha dao!”, y don Rafael Banquells que jamás puede pasar por un conde europeo ni cabe la remota posibilidad de que Alicia Bonet se enamorase o pensara siquiera en casarse con él. Muy hermosa la escenografía de Abel Cano y pésima la dirección de “uno, dos, tres en abanico”, del mismo señor Banquells. Y es todo, Ampariño, vidiña. Perdona a estos viejos latosos pero que están conscientes de lo que fueron y que te abrazan con cariño.

Torrado y Navarro

9 de agosto de 1970

COMO QUIEN OYE LLOVER

Mi madre, allá en San Luis Potosí donde ha vivido desde que nació, tiene una serie de pequeños dichos, o simplemente palabras sueltas, que jamás he escuchado en la capital y que yo en ocasiones, por la fuerza de la costumbre, suelto en medio de una reunión causando sin quererlo la hilaridad de quienes me